



QUIERO UN TRANVÍA

VIII CONCURSO DE CUENTOS REPSOL S. A.

PRIMER PREMIO EN LENGUA CASTELLANA

Autora: María Casanova Rivas

AÑO 1995

Estábamos apoyados sobre la barandilla de un puente. Hacía demasiado calor y yo comenzaba a sentirme ligeramente mareado.

—El destino siempre puede cambiarse —dijo de pronto el hombre. Todo depende de usted.

—¿Perdón?

—No he podido evitar oír la comparación que usted acaba de hacer. Ha dicho que su vida es como la de esa colilla que cae al río. Lucha unos instantes por mantenerse sobre el agua y termina por ser tragada por la corriente. Yo creo que no tiene por qué ser así. Usted puede cambiarlo.

—Oiga, es imposible que me haya escuchado. Yo... yo no hablaba, simplemente estaba pensando. La idea de la colilla es producto de mi imaginación.

—No creo que sea sólo eso. ¿Acaso no acaban de echarle de su trabajo?

—¿Cómo lo sabe? ¿Puedo saber quién es usted?

—Eso no importa. No me creería si se lo dijese.

—Pruebe a hacerlo. Le aseguro que en mi vida he escuchado cosas muy extrañas.

—Está bien, usted lo ha querido. Yo soy eso que los hombres llaman Dios.

—Sí, claro, siempre he imaginado que Dios sería como usted: un enano de ciento cuarenta centímetros, jorobado y fumador. Tabaco negro. La nicotina es mala

para la salud, fíjese en mí. Claro que no creo que usted tenga ese tipo de problemas.

—Puede burlarse si quiere. Estoy acostumbrado. Ya nadie me cree.

—¿Quiere decir que antes lo hacían? Lo siento, hombre, no se ponga así. Está bien, digamos que es cierto. Digamos que usted es Dios. ¿A qué ha venido? ¿Qué hace aquí hablando con un parado que se dedica a filosofear sobre la vida de una colilla?

—Quiero hablarle, hay algo que puedo ofrecerle.

—¿Un trabajo? Oiga, soy muy bueno como contable, se lo aseguro. Estoy dispuesto a creer que usted es Dios, y no le pido a cambio nada demasiado complicado, sólo quisiera sacarme unas pesetas todos los meses. Para ir tirando, ya sabe. ¿Puede usted hacer eso? Tengo que cuidar de mi madre y... ¿Qué decía que iba a ofrecerme? ¿Un trabajo, tal vez?

—No. Le he dicho que soy Dios, no un empresario. Pero puedo conseguirle algo mejor.

—Comprendo, Dios no ofrece trabajos... Son casi las nueve y diez, Voy a perder el tranvía. Debo irme si quiero...

—Le he dicho que puedo ofrecerle algo mejor que un simple trabajo de contable. Vengo a darle algo grande: la fama. ¿No es eso lo que todo hombre aspira a conseguir? Quiero convertirlo en alguien.

–Oiga, no siga, creo que he oído suficiente. Hoy he tenido un día muy duro. Quiero volver a casa y debería coger el tranvía de las nueve y cuarto. Yo...

–¡Olvídese de una vez de ese estúpido tranvía! No puede desperdiciar esta oportunidad. No se da cuenta de lo que está haciendo. ¿Acaso cree que yo paseo por las ciudades y cumpla los sueños de cada transeúnte que se asoma a un puente? Vamos, le pido simplemente un cuarto de hora.

–Está bien, pero debo coger el tranvía de las nueve y media. Cuéntelo todo muy rápido Me pregunto por qué este tipo de cosas tienen que ocurrirme a mí.

–Présteme toda su atención: yo no soy el Dios del que usted ha oído hablar. ¿Cómo se lo imaginaba usted? ¿Como un ser bueno y justo? ¿Como un ser diabólico y perverso quizás? ¿Lee la Biblia? ¿El Corán? Puede que no sepa que el cielo no existe. El pecado no existe, es pura fantasía. La vida no es infinita. Cuando se acaba toda está terminado. Llega la oscuridad, la nada. Usted no es ahora más que un minúsculo y desprotegido punto en medio de doscientos años. A partir de hoy se convertirá usted en uno de los miles de contables que pierden su empleo y comienzan a pasar su tiempo sobre los puentes, esperando la llegada de un tranvía. Pero un día usted no estará en la estación a las nueve y cuarto. Y ese día el tranvía se fijará en que falta un pasajero, un contable que había perdido su trabajo.

—Esto es muy interesante, me alegro de saber cuál será mi futuro, puede que me olvide de los tranvías y comience a viajar en autobús. Ahora, si me disculpa, debo irme. Son las nueve y veinte. A no ser que pretenda convertirme en Presidente de los Estados Unidos o algo por el estilo. Apuesto a que en ese caso la gente sí sabría mi nombre y puede que incluso algunos hablasen de mí dentro de doscientos años...

—Presidente de los Estados Unidos. ¿Cómo puedo hacerle comprender que la oportunidad que yo le brindo significa más que eso? Le estoy ofreciendo la gloria. Piénselo un momento. Desde hace casi cien años no ha habido un solo hombre en la tierra cuya vida marcase un hito en la historia de la humanidad. El hombre del siglo XX necesita alguien en quien creer. Sólo está esperando a una persona que le diga: «¡Sígueme!»

—Ahora lo comprendo. Y supongo que yo soy esa persona, ¿no? ¿Acaso vive usted tan alejado de la realidad como para no darse cuenta de que hoy en día el hombre no cree en nada?

—¡Eso es exactamente lo que usted tendría que cambiar! Yo puedo colocar el mundo a sus pies. Su nombre será grabado con letras de oro en la historia del hombre junto con los de Kant, Hegel, Einstein... Incluso todos ellos podrían llegar a parecer simples marionetas a su lado. Piénselo un momento. Puedo ver los corazones de

millones de personas encendidos por su luz. Ellos creerán en usted. Y, a través de usted, ellos creerán en mí.

—¿Por qué el cielo, entonces?

—¿Cómo dice?

—¿Por qué el cielo? Si es cierto que no existe, si usted fuese Dios... No puedo comprenderlo. ¿De dónde ha sacado la gente esa idea? ¿Por qué tantas mentiras, entonces? ¿Por qué tanta sangre derramada en nombre de la fe?

—Yo les he dado todo eso. No se trata de mentiras, son ilusiones. Ilusiones de pacotilla si usted quiere, ¿qué más da? El hombre es débil, necesitaba ayuda. ¿Qué mejor ayuda que dar un sentido a su vida? Si creemos en el más allá, de pronto, todo encaja. Es la pieza clave de un rompecabezas. La vida sirve entonces para algo, es un medio para alcanzar la felicidad a la que muchos hombres no pueden aspirar en la tierra...

—No consigo comprenderlo. Es todo tan irreal... no puedo ver en qué parte de la historia encajan los sentimientos, el amor, la libertad... Creo que voy a marcharme, son casi las nueve y media. No puedo perder el último tranvía.

—¡No lo haga! ¡Debe usted quedarse conmigo! Puedo darle lo que me pida.

—Usted no comprende nada. No deseo la gloria, no deseo la fama. En este momento sólo quiero un tranvía.

—¡Ese es un deseo estúpido!

—¡Es mi deseo!

—Vamos, no sea terco. No puedo darle eso. ¿Se ha preguntado qué consecuencias tendría sobre el futuro de la Humanidad el poner aquí mismo su tranvía? Podrían ser catastróficas. Le aseguro que no tiene ningún sentido modificar el presente si no se hace con una finalidad que merezca la pena. Yo sí podría modificar el mundo por usted. Sea mi instrumento.

—Su instrumento... Escuche, debo irme. Siento que haya perdido su tiempo conmigo, pero esperaba que al menos pudiese poner un tranvía, ahora tendré que ir a casa andando... En cualquier caso no podría ayudarle. Usted es un fanático, y yo... Yo soy ateo.

El hombre de la joroba se desvaneció. Llegué a la estación a las diez menos cuarto, y el tranvía no había salido. Me apresuré a subir sin preguntarme sobre la causa del retraso, pero observé a un grupo de gente delante del vagón. Me acerqué a ellos y sólo entonces pude contemplar la grotesca escena: un hombre vestido de negro había sido atropellado. Su cara de enano jorobado todavía me sonreía.